

Cuarta semana de Pascua

MARTES

En las manos seguras del Pastor

Jn 10,22-30

“Nadie las arrebatará de mi mano... Nadie puede arrebatarse nada de la mano del Padre”

La figura del Pastor sigue presente en el Evangelio que leemos este día, su manera de cuidar el rebaño es revelador de su identidad mesiánica y divina.

Una pregunta decisiva

Los que han escuchado la enseñanza de Jesús (Jn 10,1-18) no han quedado tranquilos, por eso abordan a Jesús en el pórtico del Templo de Jerusalén para exigirle que declare abiertamente cuál es su identidad: “Si tú eres el Mesías, dínoslo abiertamente” (Jn 10,24). Jesús les responde apelando de nuevo a lo que han visto hacer en medio de la gente y que es similar a lo que un Pastor hace con su rebaño, ahí deben buscar la respuesta y aceptarla. Hay que observar lo que Jesús “hace” para que podamos hacernos una idea correcta acerca de él: las obras que realiza en nombre del Padre testimonian su identidad mesiánica.

El criterio distintivo

Como se vio en la alegoría del Buen Pastor, uno de los rasgos distintivos del pastor es su sintonía con las ovejas; ahora Jesús la recalca. El impostor puede tratar de imitarlo pero las ovejas no se dejan engañar. El verdadero pastor logra ser escuchado, las ovejas lo siguen y confían en él: “Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen” (Jn 10,27). Este “mis ovejas”, tan entrañable, es importante; no se trata de una posesión avara sino sentido de pertenencia que proviene de una mutua entrega en el amor tal como la evoca la alianza de Dios con su pueblo. La oveja es acogida, recibida, apropiada por Jesús, quien se hace responsable de la vida que es confiada a su mano: “Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano” (10,28).

El conocer debe llevar al creer

Pero no es suficiente con esta revelación de parte de Jesús, se necesita un elemento esencial: que nosotros le creamos. Esta respuesta está reservada a quien pertenece al Buen Pastor: aquellos que se han dejado conocer por él también son capaces de conocer su identidad más profunda y dar el paso de la fe.

Precisamente porque es en la libertad, que es el ambiente propio en que puede darse el amor, se puede creer o no creer. Los judíos (aquí el término indica los líderes religiosos) aquí aparecen como los que no creen en Jesús porque no logran captar su identidad divina (Jn 10,25: “No me creéis”), más bien lo declaran un rival de Dios y, como era de esperarse, también de ellos. Los líderes judíos pueden valerse de la persuasión o de la persecución para ser escuchados, pero no lograrán atraer hacia ellos a los discípulos de Jesús.

La frase Jesús genera un grave conflicto. Por una parte los Judíos encuentran una razón para justificar su deseo de destruir a Jesús y dispersar a sus seguidores. Desde su punto de vista se trata de un asunto grave: ¿Jesús es de verdad el Hijo de Dios? Los judíos lo acusan de auto proclamarse divinidad. Pero por otra parte, la verdad resulta ser otra, la verdad es que en Jesús Dios se hace hombre y en todas las acciones de Jesús, Dios Padre extiende su mano sobre todos las personas para cuidar de ellas.

El creer nos lleva a conocer la gran revelación

¿Cuál es el fundamento de esta certeza? Es sencillo: el Padre. El Padre es más grande que todos (10,29). La frase que Jesús usa una expresión muy significativa: "Yo y el Padre", para indicar que actúan como si fueran una única persona (Jn 10,30). Decir esto ante las autoridades religiosas de Israel suena para ellos gravísimo, ellos lo consideran una blasfemia u ofensa a Dios. En cambio para los discípulos de Jesús se trata de una certeza que resume bien toda la enseñanza del Maestro.

Volviendo a la cuestión inicial "Eres tú el Mesías" (10,24), podemos apreciar la fuerza de las palabras: "es que no me creéis" (10,25). Para creer se necesita de voluntad, lo mismo que para amar. Las evidencias están expuestas ante los ojos en todo lo que Jesús hace por nosotros. Pero los líderes judíos, que representan aquí a los que no quieren creer, no aceptan en Jesús al guía prometido por Dios para conducirnos a los pastos de la vida eterna; no quieren aceptar sus obras buenas hechas a favor de los más desafortunados y débiles; no quieren escuchar su voz y, por tanto, conocerlo; pero aún, ciegos por los celos porque ven a Jesús a uno que atrae a la gente más que ellos, acuden a las persecuciones para tratar de arrancar de sus manos a aquellos que le han dado atención a su enseñanza y se han abandonado en él.

Seguros y confiados en las manos de Jesús

La otra cara de la moneda está en la conclusión: nadie podrá arrancar de las manos del Buen Pastor quien confiesa la fe en el único Dios, quien le ha entregado su vida, quien está dispuesto para anunciar y testimoniar su presencia viva y benéfica en el terreno concreto de su cotidianidad. "Nadie las arrebatará de mi mano... Nadie puede arrebatar nada de la mano del Padre" (10,28.29).

Para cultivar la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón:

1. ¿En qué nos apoyamos para saber con certeza que Jesús es el Mesías?
2. Según la enseñanza de Jesús, ¿por qué unos creen y otros no?
3. ¿Qué me inspiran las palabras de Jesús "nadie las arrebatará de mi mano"? Si Jesús se refiere a los creyentes como "mis ovejas", ¿cómo puedo corresponderle al sentido de responsabilidad que él declara sobre mi vida?

A veces nos cansamos cuando no vemos en las otras personas las reacciones de fe que esperamos, ¿verdad? Al respecto San Francisco de Sales nos da una enseñanza:

*"Sólo continuemos cultivando bien,
porque no hay tierra que sea tan ingrata
que el amor del cultivador no fecunde"*

Padre Fidel Oñoro CJM